

que consuela, llama que depura y santidad *que adorna*.  
 ¡Cuán augusta, cuán amable á los ojos de Dios y de los hombres es esa santa sociedad de los elegidos de Dios, viajeros de la tierra y ciudadanos del cielo!... ¡Oh! ¿quién os proporcionará á vosotros, á mí, á todos nosotros, marcados con el sello de Jesucristo, quién nos proporcionará el ser incorporados á Él? ¿No podemos al menos, aun cuando seamos hijos degenerados del Padre común, no podemos al menos deslizarnos en esas gloriosas filas, á favor de la sombra de la cruz, por la tolerancia de esa tierna Madre, que no quiere que perezca ninguno de sus hijos?... ¡Apresurémonos; todavía es tiempo de ser inscritos en esa augusta milicia!... Si no podemos ocupar un lugar entre los inocentes y las vírgenes, podemos, y no depende más que de nosotros, ser admitidos entre los penitentes. Nadie está excluido: todo hombre es invitado, llamado al séquito de Jesucristo, con tal que se presente con la cruz sobre los hombros, la abnegación en el corazón y en los labios, y la resolución de marchar por los mismos pasos de Jesucristo, expresada por todos los actos de su vida.

¡Dichosos, hermanos míos, si la muerte nos sorprende en medio de esa santa sociedad, en ese camino en apariencia tan áspero, tan escarpado, tan impracticable, pero en realidad tan tranquilo, tan seguro, tan delicioso!... Ese es, en último resultado, el único camino que conduce al cielo. No dilatemos, pues, el entrar en él, porque cuando hayamos tenido el valor de seguir á Jesucristo al Calvario, en su cruz, en su dolor, en su humillación, en su muerte, seremos admitidos á participar de su eterna gloria, de su eterna vida: *Si compatimur, ut et conglorificemur*. Así sea.

## SERMÓN

PARA

### LA FIESTA DE PENTECOSTÉS.

*Emitte Spiritum tuum, et creabuntur,  
 et renovabis faciem terra. (Sal. CIII, 30.)*

Enviad vuestro espíritu, y todo será creado, y renovaréis la faz de la tierra.

Hablando de la tierra que la omnipotencia de Dios acababa de sacar de las profundidades de la nada, el historiador sagrado nos dice que estaba vacía y estéril, y que, rodeada de densas tinieblas, no era más que caos y abismo (1). También se ha dicho que el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas (2), como para fecundizarlas (3). Así, la virtud del espíritu de Dios no debió permanecer extraña ni á la creación de la luz y de los astros, ni á la fecundación de las plantas que revisitieron el globo terrestre.

Esas profundas palabras, históricamente verdaderas, eran también misteriosamente proféticas; y al mismo tiempo que nos revelan el estado del mundo material, en

(1) Terra autem erat inanis et vacua, et tenebræ erant super faciem abyssi, (Génesis, I, 2.)

(2) Spiritus Domini ferebatur super aquas. (Ibid.)

(3) Instar incumbentis avis. (San Jerónimo.)

el origen de las cosas, han predicho y pintado también de antemano el estado del mundo moral en el tiempo de la redención: han sido una espléndida profecía de los efectos de la acción divina en la regeneración de las almas.

Sí, en el momento en que el Hijo de Dios subió al cielo, la tierra estaba vacía de verdad, estéril de virtudes: *Terra erat inanis et vacua*. Estaba envuelta en las tinieblas y en las nubes de todos los errores, y cubierta del fango de todos los vicios. El mundo moral, el mundo social, no era más que un verdadero caos, un abismo de desórdenes: todo era en él ignorancia y corrupción: *Et tenebræ erant super faciem abyssi*.

Pero el día en que el Hijo de Dios envió su espíritu sobre sus Apóstoles, ese espíritu trajo á las almas la luz de todas las verdades y el fuego sagrado de todas las virtudes. A esa doble maravilla del poder creador hacía alusión el Rey Profeta cuando decía: «Enviad vuestro espíritu, y todo será creado, y renovaréis la faz de la tierra.» Lo cual era decir en realidad que la venida del Espíritu Santo, cuyo solemne aniversario hoy celebramos, sería como una nueva creación, y cambiaría el estado de los espíritus y de las costumbres en el mundo entero. Ese será también el asunto de este discurso. Al tiempo mismo que vamos á exponer las circunstancias de la venida del Espíritu Santo á la tierra, describiremos los efectos maravillosos que ha operado en las inteligencias y en los corazones: doble ventaja asegurada á toda alma que tiene la dicha de recibirle. La conclusión deberá, pues, ser, que si tenemos la felicidad de poseerle, le conservaremos con exquisito cuidado; y que si nos hallamos privados de Él, procuraremos obtenerle por medio de la penitencia.

## PRIMERA PARTE.

Lo que desde luego debe llamarnos la atención en el grandioso misterio de este día, es lo que dice el texto sagrado: «De repente se oyó un ruido del cielo, semejante al de un viento impetuoso, que llenó toda la casa en donde estaban» (1). Aquella casa, como sabéis, era el cenáculo. Allí se encontraban la Santísima Virgen, alma de la Iglesia; Pedro, cabeza de la Iglesia; los Apóstoles, columnas de la Iglesia, y los primeros fieles, primicias de la Iglesia de Jesucristo. Aquella casa era, pues, la Iglesia de Jesucristo, la verdadera Iglesia: luego cuando se dice que el Espíritu vino á llenar aquella casa, el historiador sagrado quiere decirnos que desde hoy el Espíritu Santo ha descendido sobre la Iglesia, está unido á ella é incorporado con la Iglesia, para no dejarla jamás, para vivificarla, iluminarla y dirigirla siempre. El Dios Padre, el Criador, colocó los cimientos de esa Iglesia por su poder; el Dios Hijo, el Redentor, ha consolidado sus partes con su sangre; el Dios santificador, el Espíritu Santo, la ha llenado de sí mismo. Así dice San Agustín, lo que el alma es para el cuerpo del hombre, el Espíritu Santo comienza hoy á serlo para la Iglesia, que es el cuerpo de Jesucristo (2). El alma, llenando el cuerpo todo entero, comunica á cada miembro la energía, y da á cada una la capacidad de desempeñar su función particular: por medio del alma ven los ojos, oyen los oídos, obran las manos y se mueven los piés (3). Del mismo modo el Espíritu Santo toma hoy posesión de la Iglesia, para dar

(1) Et factus est repente de cælo sonus tanquam advenientis spiritus vehementis, et replevit totam domum ubi erant sedentes. (*Act.*, II, 2.)

(2) Quod anima est hominis corpori, Spiritus Sanctus est corpori Christi id est Ecclesiæ. (*San Agustín.*)

(3) Anima vitam dat corpori, membris affusa singulis. (*San Agustín.*)

á todas las partes que componen ese cuerpo místico el poder de ejercer sus funciones respectivas. En efecto, por el Espíritu Santo los Apóstoles evangelizan, los doctores enseñan, los taumaturgos obran prodigios, los Pastores gobiernan, y los fieles reciben la luz y la gracia para obedecer (1). Tal es el misterio que nos revela San Pablo cuando nos dice: «Hay en ella una grande variedad, y una grande diversidad de gracias, de estados, de condiciones y de funciones; pero en la Iglesia de Dios, siempre es el mismo y único Espíritu el que obra en todo y por todas partes (2). Tal es esa unidad de principio y de forma, de vida y de acción que constituye la más hermosa prerogativa y la base fundamental de la Iglesia; unidad que nos garantiza todas sus demás prerogativas, que nos garantiza su infalibilidad, su santidad y su inmortalidad. Esa hermosa unidad era la que admiraba á San Agustín, cuando exclamaba: «Amad la verdad, contemplad la unidad, adheríos á la caridad, y llegaréis á la eternidad (3).

Mas ¿por qué el Espíritu Santo descendió en forma de lenguas de fuego? Efectivamente, leemos en el texto sagrado: «Entonces se les aparecieron como unas lenguas de fuego que se dividieron, y el fuego reposó sobre cada uno de ellos (4).» San Gregorio el Grande nos dará la respuesta y la interpretación. La lengua, según aquel grande Pontífice, tiene una relación íntima, necesaria, con el pensamiento y el verbo interior de la inteligencia humana, porque por la lengua, nuestra inteligencia se manifiesta en lo exterior, y hace conocer su pensamiento,

(1) Ita per Spiritum Sanctum singuli operantur et paritèr vivunt (*Ibid.*)

(2) Divisiones gratiarum sunt, idem autem spiritus qui operatur in omnibus. (I. *Corinth.*, XII, 4.)

(3) Amate veritatem, considerate unitatem, tenete charitatem, et perveniat ad aeternitatem. (*San Agustín.*)

(4) Et apparuerunt illis dispersitæ linguæ tanquam ignis, seditque supra singulos eorum. (*Acti.*, II, 3.)

su razón, su verbo. San Pablo nos ha dicho que el grande misterio de Jesucristo nos ha sido revelado por el Espíritu Santo (1). Nuestro Señor mismo nos ha dicho: «Cuando venga sobre vosotros ese espíritu de verdad que voy á enviaros, os instruirá de toda verdad, os hará conocer todo lo que me concierne; os pondrá en disposición de comprender y de confesar que yo he venido de Dios (2).» El Espíritu Santo es, pues, la lengua del Verbo divino. Él es el que expresa en lo exterior el pensamiento sustancial de Dios, el que revela sus misterios, sus grandezas, porque las conoce de toda eternidad, pues es coeterno y consustancial con el Verbo. Era por tanto conveniente que apareciese en forma de lenguas, porque de ese modo enseñaba, de la manera más sencilla é inteligible, lo que en efecto es y debe ser su operación, ya con relación á la Iglesia, ya con respecto á los miembros de ella (3).

¿Queréis ver, hermanos míos, cómo el Espíritu Santo, lengua divina del Verbo divino, instruyó en este día á los Apóstoles en los misterios del Verbo? Pues venid, escuchad á esos Apóstoles antes tan ignorantes, tan estúpidos, tan groseros y tan dispuestos á tomar en el sentido más material las palabras de su Divino Maestro. Escuchad en particular á San Pedro, hablando en presencia de todo el pueblo, de los sacerdotes y de los doctores de la ley. ¡Gran Dios!... ¡Qué transformación tan milagrosa!... ¡Qué sublimidad de pensamientos!... ¡Qué elevación de lenguaje!... ¡Qué conocimiento tan profundo de la Sagrada Escritura y del sentido de las profecías,

(1) Nobis autem revelavit Deus per Spiritum suum. (I. *Corinth.*, II, 10.)

(2) Cum venerit paracletus, spiritus veritatis quem ego mittam vobis, ipse suggeret vobis omnia et vos testimonium perhibebitis de me, quia à Deo exivi. (*Isaias.*)

(3) In linguis monstratus est, quia est coeternus Filio; habet enim cognitionem maximam lingua cum verbo, quia per linguam procedit verbum. (*San Gregorio.*)

tocante á la vida, la muerte y la resurrección de Jesucristo!... ¡Qué fuerza de raciocinio, qué majestuosa elocuencia para probar la inocencia y la divinidad de Jesucristo!... Toda la multitud quedó estupefacta, conmovida, hasta el punto de derramar lágrimas, y convencida hasta en el fondo de su corazón (1). Anonadados, subyugados por aquella elocuencia de un nuevo género, pues que era la elocuencia del Espíritu Santo, humillados, confundidos por haber crucificado al Autor de la vida, mostraron al momento la docilidad de los verdaderos penitentes, y dijeron á San Pedro y á los demás Apóstoles: «¿Qué debemos hacer, hermanos nuestros?...» (2). El perdón no se hizo esperar. Pedro los tranquilizó y los excusó de lo que habían hecho por ignorancia: el arrepentimiento y el bautismo fueron las únicas condiciones que les impuso (3). Y hé ahí que en aquel mismo instante tres mil personas se arrepienten, creen en Jesucristo, reciben públicamente el bautismo, y se hacen cristianos (4). No os asombréis, dice San León, de esa sabiduría y de esa ciencia que brillaron en los Apóstoles, y que obraron con tanta prontitud y tan eficazmente sobre aquella multitud. El Espíritu Santo, la lengua del Verbo divino, era la que acababa de instruirlos y vivificaba su palabra: en la escuela de Dios, el hombre aprende sin lentitud (5).

Ese mismo prodigio, para quien sabe observarle, se renueva todos los días. Yo no diré que de la misma manera y con igual facilidad obren los misioneros católicos, esos nuevos Apóstoles, sobre los pueblos bárbaros, y los conduzcan al conocimiento y al amor de Jesucristo. Pero os diré: «Mirad lo que pasa en derredor de vosotros y á

(1) His auditis compacti sunt corde. (*Act.*, II, 37.)

(2) Quid faciemus, viri fratres? (*Ibid.*, 3.)

(3) Pœnitementi igitur et baptizetur unusquisque vestrum. (*Ibid.*, 38.)

(4) Qui ergo receperunt sermonem ejus, baptizati sunt et appositæ sunt in die illa animæ circiter tria millia. (*Ibid.*, 41.)

(5) Ubi Deus magister est, citò discitur, quod docetur. (*San León.*)

vuestra vista: interrogad á los que se titulan filósofos, que quieren hacer ostentación de sabiduría sin Dios y contra Dios, fuera de la Iglesia y contra la Iglesia. Preguntadles qué es lo que saben, qué es lo que creen acerca de Dios, del alma y de la vida futura. Se verán sumamente embarazados para formular una respuesta. No saben articular más que palabras altisonantes, frases incoherentes, y sistemas falsos y absurdos que les sirven para encubrir la ignorancia de toda verdad, la falta de toda creencia y de toda convicción. Lo mismo sucederá con los herejes, que han tomado por lo serio los principios de la herejía: compelidos á formular su fe y su símbolo, se hallarán bastante embarazados, y no encontrarán en su entendimiento ni en su lenguaje más que vaguedad é incertidumbre.

Por el contrario, interrogad, no os diré al teólogo católico, sino á un sencillo aldeano, á una mujer, á un niño que sabe el catecismo, y le oiréis exponer con la más asombrosa facilidad, con la mayor exactitud, las más sublimes doctrinas acerca de Dios y de sus atributos; acerca de Jesucristo y de sus misterios, acerca de los sacramentos y de su eficacia, acerca del hombre y de su origen, su caída y su destino, y acerca de la vida futura, sus castigos y sus recompensas. Por manera que los filósofos, aun los más profundos, fuera de la Iglesia, no hacen más que tartamudear como niños: mientras que los niños de la Iglesia, aun los más inocentes y sencillos, hablan como verdaderos sabios, como filósofos profundos. El profeta lo había predicho: «Dios ha hecho elocuentes las bocas de los niños más pequeños» (1). No os sorprendáis de eso: cuando vuestras bondadosas madres, cuando vuestros preceptores cristianos y los ministros de la Iglesia os enseñan la doctrina cristiana, es el Espí-

(1) Linguas infantium fecit disertas. (*Sap.*, x, 21.)

ritu Santo mismo, la lengua del Verbo divino, la que os enseña á Jesucristo y su Religión, y con semejante Maestro se aprende pronto y bien lo que se enseña: *Ubi Deus magister est, citò discitur quod docetur.*

Para comprender bien estos felices resultados es necesario no olvidar que el Espíritu Santo, que habla al oído de los creyentes, añade por lo común á esa primera gracia la de hablar la verdad y trasmitirla á otros como la hemos recibido de Dios. Y así como en el orden natural ninguna lengua humana habla sino porque otra lengua de hombre ha hablado, del mismo modo en el orden espiritual y sobrenatural no hablamos un lenguaje de verdad con Dios y con los hombres sino en cuanto la lengua del Espíritu Santo nos ha enseñado ese lenguaje divino. La misma gracia que nos determina á creer la palabra divina, nos hace hablar el lenguaje de la divina fe: *Credidi, propter quod locutus sum.* Enseñándonos lo que debemos creer, lo que debemos esperar, lo que debemos amar, el Espíritu Santo nos enseñará á hablar nuestra fe, nuestra esperanza, nuestro amor. De Él tenemos ese lenguaje lleno de confianza con que podemos hablar de nosotros mismos cerca de Dios, y también ese lenguaje lleno de fuerza y de unción con que podemos hablar de Dios á los hombres. San Pablo dijo, en efecto, que el Espíritu Santo es el que ora en nosotros, y el que forma en el fondo de nuestros corazones inefables gemidos (1). Y por otra parte, el mismo Jesucristo ha dicho que cuando tenemos que hablar de Dios y de las cosas de Dios á los hombres, no somos nosotros los que hablamos, sino que el Espíritu Santo habla por nosotros (2). Todo esto había

(1) Ipse Spiritus postulat pro nobis gemitibus inenarrabilibus. (*Rom.*, VIII, 26.)

(2) Non enim vos estis qui loquimini, sed Spiritus Patris vestri qui loquitur in vobis. (*San Mateo*, X, 20.)

sido predicho por los profetas: «Tendrán todos al mismo Dios por preceptor y por Maestro» (1).

A todas esas gracias que deben perpetuarse en la Iglesia, el Espíritu Santo ha añadido otra que no era más que transitoria y milagrosa, pero que era un símbolo de sus saludables influencias en toda la serie de los siglos: «Todos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron á hablar diferentes lenguas, según el don que el Espíritu Santo concedía á cada uno de ellos» (2). Como entonces se encontraban en Jerusalén hombres de todas las naciones del mundo, cada uno los entendía en su lengua, y era entendido (3). ¡Qué prodigio!... Todos estaban asombrados y estupefactos (4). Seguramente había en aquello una grande maravilla; pero el prodigio figurado por aquel prodigio, es todavía mucho más admirable. En efecto, dice San Gregorio, los Apóstoles, que ya hablaban el idioma de todos los pueblos, anunciaban desde aquel momento que la naciente Iglesia se esparciría bien pronto entre todos los pueblos, y que, hablando todas las lenguas, sería la Iglesia católica universal (5).

Observad también que, aun cuando hablaban diferentes lenguas, los Apóstoles no enseñaban más que una misma Religión, ni predicaban más que una misma verdad. Esa uniformidad de doctrina se ha perpetuado de siglo en siglo: ha llegado á ser el patrimonio de la Iglesia de Jesucristo. Hoy, como en el cenáculo, en más de mil lenguas diversas, sobre todos los puntos del globo, la Iglesia no proclama más que una sola verdad, una sola

(1) Erunt omnes docibiles Dei. (*San Juan*, VI, 45.)

(2) Repleti sunt omnes Spiritu Sancto, et cœperunt loqui variis linguis, prout Spiritus Sanctus dabat eloqui illis. (*Act.*, II, 4.)

(3) Audiebat unusquisque lingua sua illos loquentes. (*Act.*, II, 6.)

(4) Stupebant autem omnes, et admirabantur. (*Ibid.*, 7.)

(5) Linguæ illæ quibus loquebantur, Spiritu Sancto impleti, per omnium gentium linguas futuram Ecclesiam præsignabant. (*San Gregorio.*)

Religión (1). ¡Cuán asombroso es ese fenómeno, único en el mundo!... ¡Cuán bien revela la operación del espíritu de Dios!... ¡Desde hace diez y ocho siglos, trescientos millones de católicos esparcidos por la superficie del globo, en todas sus diferentes lenguas, no creen, no confiesan, no practican más que una misma doctrina, una misma moral, un mismo culto, las mismas oraciones, los mismos sacrificios!... Hé ahí un prodigio que jamás se ha visto, y que no se ve en ninguna parte, fuera de la verdadera Iglesia, de la Iglesia católica.

Los antiguos filósofos que hablaban la misma lengua, el griego, estaban divididos en más de ochenta sectas diferentes, tocante á las verdades más fundamentales. También los herejes modernos, aun cuando no hablen más que una misma lengua, no están menos divididos. El luteranismo, que generalmete habla el alemán, se halla dividido en sesenta sectas; el anglicanismo, que no habla más que inglés en Inglaterra y en los Estados-Unidos, está dividido en más de trescientas sectas, de tal modo que no pueden encontrarse en esas desgraciadas regiones dos provincias del mismo Estado, dos ciudades de la misma provincia, dos familias de la misma ciudad, y algunas veces dos individuos de la misma familia, que profesen exactamente la misma religión. El padre es reformado, la madre anabaptista, el hijo primogénito antitrinitario, el menor evangélico, la hija cuáquera, el cochero presbiteriano y los demás criados metodistas. De ese modo las sectas nacen de las sectas, las opiniones engendran las opiniones, como los gusanos nacen en las materias en putrefacción. Hablan sin entenderse, se toleran sin amarse, se juntan sin unirse; hay allí cristianos en el nombre, pero muy poco cristia-

(1) Sicut tunc, ita nunc omnibus linguis ipsa veritas loquitur. (San Gregorio.)

nismo; hay miembros diseminados de sociedades nominales, pero no hay iglesia. Todo es contradicción, lucha é incertidumbre en materia de doctrina, cuando por laxitud no se cae en la indiferencia y la incredulidad. Es la confusión de Babel; confusión tanto más funesta, cuanto que está en las creencias, en los sentimientos, en las prácticas religiosas, en todo lo que debía aproximar y reunir á los hombres entre sí. Los incrédulos y los herejes, dice San Gregorio, han querido imitar á los antiguos obreros de la torre de Babel; han querido también elevar contra el cielo un edificio construido con materiales tomados de la tierra; fundar religiones humanas que tienen los cimientos en la tierra, cuando la verdadera religión debe venir del cielo. Han cometido el mismo crimen, y sufren el mismo castigo. Dios confundió entonces las lenguas de los obreros de Babel, y hoy confunde las ideas y los pensamientos de los fabricantes de religiones nuevas; y mientras que la humildad, inspirada por el Espíritu Santo á los miembros de la Iglesia, produce en ella la unidad, fuera de la Iglesia, el orgullo de Babel, inspirado por Satanás, no produce más que confusión y división (1).

Observad además que la religión de los infieles es la unidad sin la variedad; la religión de los herejes es la variedad sin la unidad. Sólo el catolicismo reúne la variedad en la unidad y la unidad en la variedad. El catolicismo habla diferentes lenguas, está diseminado entre diferentes pueblos, posee una grande variedad de usos, de ritos; y en esa variedad de lenguas, de costumbres, de ritos, es siempre la misma doctrina, la misma fe, la misma Religión. ¿Y cuál es la causa? Que siempre el mismo Espíritu inspira y dirige á la Iglesia. ¡Sí; el mis-

(1) Hic humilitas unitatem parit, illic superbia confusionem. (San Gregorio.)